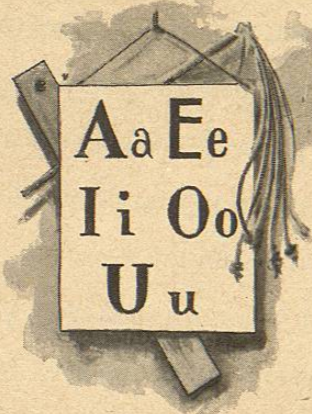


algunos ratos, quiero decir: me pusieron en la escuela, y en ella ni logré saber lo que debía, y supe, como siempre, lo que nunca había de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposición de mi querida madre; pero los acontecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.



## CAPÍTULO II

En el que Periquillo da razón de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare

Hizo sus mohinas mi padre, sus pucheritos mi madre, y yo un montón de alharacas, y berrinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revocara su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.

El maestro era muy hombre de bien; pero no tenía los requisitos necesarios para el caso. En primer lugar era un pobre, y emprendió este ejercicio por mera necesidad, y sin consultar su inclinación y habilidad; no era mucho que estuviera disgustado como estaba, y aun avergonzado en el destino.

Los hombres creen (no sé por qué) que los muchachos, por serlo, no se entretienen en escuchar sus conversaciones ni las comprenden; y fiados en este error, no se cuidan de hablar, delante de ellos, muchas cosas que alguna vez les salen á la cara, y entonces conocen que los niños son muy curiosos y observativos.

Yo era uno de tantos, y cumplía con mis deberes exactamente. Me sentaba mi maestro junto á sí, ya por especial recomendación de mi padre, ó ya porque era yo el más bien tratadito de ropa que había entre sus alumnos.

No sé qué tiene un buen exterior que se respeta hasta en los muchachos.

Con esta inmediatez á su persona no perdía yo palabra de cuantas profería con sus amigos. Una vez le oí decir platicando con uno de ellos: — Sólo la maldita pobreza me puede haber metido á escuelero; ya no tengo vida con tanto muchacho condenado; ¡qué traviesos que son y qué tontos! por más que hago no puedo ver uno aprovechado. ¡Ah, fucha en el oficio tan maldito! ¡Sobre

que ser maestro de escuela es la última droga que nos puede hacer el diablo!... — Así se producía mi buen maestro, y por sus palabras conoceréis el candor de su corazón, su poco talento y el concepto tan vil que tenía formado de un ejercicio tan noble y recomendable por sí mismo, pues el enseñar y dirigir la juventud es un cargo de muy alta dignidad, y por eso los reyes y los gobiernos han colmado de honores y privilegios á los sabios profesores; pero mi pobre maestro ignoraba todo esto, y así no era mucho que formara tan vil concepto de una tan honrada profesión.

En segundo lugar carecía, como dije, de disposición para ella, ó de lo que se dice genio. Tenía un corazón muy sensible, le era repugnante el afligir á nadie, y este suave carácter lo hacía ser demasiado indulgente con sus discípulos. Rara vez les reñía con aspereza, y más rara los castigaba. La palmeta y disciplina tenían poco que hacer por su dictamen; con esto los muchachos estaban en sus glorias, y yo entre ellos, porque hacíamos lo que se nos antojaba impunemente.

Ya ustedes verán, hijos míos, que este hombre, aunque bueno de por sí, era malísimo para maestro y padre de familias; pues así como no se debe andar todo el día sobre los niños con el azote en la mano como cómitre de presidio, así tampoco se les debe levantar del todo. Bueno es que el castigo sea de tarde en tarde,

que sea moderado, que no tenga visos de venganza, que sea proporcionado al delito, y siempre después de haber probado todos los medios de la suavidad y la dulzura para la enmienda; pero si éstos no valen, es muy bueno usar del rigor según la edad, la malicia y condición del niño. No digo que los padres y maestros sean unos tiranos, pero tampoco unos apóyos ó consentidores de sus hijos ó encargados. Platón decía, *que no siempre se han de refrenar las pasiones de los niños con la severidad, ni siempre se han de acostumar á los mimos y caricias.*<sup>1</sup>

La prudencia consiste en poner medio entre los extremos.

Por otra parte, mi maestro carecía de toda la habilidad que se requiere para desempeñar este título. Sabía leer y escribir, cuando más, para entender y darse á entender; pero no para enseñar. No todos los que leen saben leer. Hay muchos modos de leer, según los estilos de las escrituras. No se han de leer las oraciones de Cicerón como los anales de Tácito, ni el panegrico de Plinio como las comedias de Moreto. Quiero decir, que el que lee debe saber distinguir los estilos en que se escribe, para animar con su tono la lectura, y entonces manifestará que entiende lo que lee, y que sabe leer.

Muchos creen que leer bien consiste en leer aprisa,

<sup>1</sup> Lib. VII de Legibus.

y con tal método hablan mil disparates. Otros piensan (y son los más) que en leyendo conforme á la ortografía con que se escribe, quedan perfectamente. Otros leen así, pero escuchándose y con tal pausa, que molestan á los que los atienden. Otros, por fin, leen todo género de escritos con mucha afectación, pero con cierta monotonía ó igualdad de tono que fastidia. Estos son los modos más comunes de leer, y vosotros iréis experimentando mi verdad, y veréis que no son los buenos lectores tan comunes como parece.

Quando oyereis á uno que lee un sermón como quien predica, una historia como quien refiere, una comedia como quien representa, etc., de suerte que si cerráis los ojos os parece que estáis oyendo á un orador en el púlpito, á un individuo en un estrado, á un cómico en un teatro, etc., decid: éste sí lee bien; mas si escucháis á uno que lee con sonsonete, ó mascando las palabras, ó atropellando los renglones, ó con una misma modulación de voz, de manera que lo mismo lea *Las noches de Young* que el *Todo fiel cristiano* del catecismo, decid sin el menor escrúpulo: Fulano no sabe leer, como lo digo ahora de mi primer maestro. Ya se ve, era de los que deletreaban c, a, ca: c, e, que: c, i, qui, etc.; ¿qué se podía esperar?

Y si esto era por lo tocante á leer, por lo que respecta á escribir, ¿qué tal sería? tantito peor, y no podía

ser de otra suerte; porque sobre cimientos falsos no se levantan jamás fábricas firmes.

Es verdad que tenía su tintura en aquella parte de la escritura que se llama *calografía*; porque sabía lo que eran trazos, finales, perfiles, distancias, proporciones, etc., en una palabra, pintaba muy bonitas letras; pero en esto de *ortografía* no había nada. Él adornaba sus escritos con puntos, comas, interrogaciones y demás señales de éstas; mas sin orden, método ni instrucción; con esto salían algunas cosas suyas tan ridículas, que mejor le hubiera sido no haberlas puesto ni una coma. El que se mete á hacer lo que no entiende, acertará una vez, como el burro que tocó la flauta *por casualidad*; pero las más ocasiones echará á perder todo lo que haga, como le sucedía á mi maestro en ese particular, que donde había de poner dos puntos ponía coma; en donde ésta tenía lugar, la omitía; y donde debía poner dos puntos, solía poner punto final: razón clara para conocer desde luego que erraba cuanto escribía; y no hubiera sido lo peor que sólo hubieran resultado disparates ridículos de su maldita puntuación; pero algunas veces salían unas blasfemias escandalosas.

Tenía una hermosa imagen de la Concepción, y le puso al pie una redondilla que desde luego debía decir así:

*Pues del Padre celestial  
fué Marta la Hija querida,  
¿no había de ser concebida  
sin pecado original?*

Pero el infeliz hombre erró de medio á medio la colocación de los caracteres ortográficos, según que lo tenía de costumbre, y escribió un desatino endemoniado y digno de una mordaza, si lo hubiera hecho con la más leve advertencia, porque puso:

*¿Pues del Padre celestial  
fué Marta la Hija querida?  
No, había de ser concebida  
sin pecado original.*

Ya ven ustedes qué expuesto está á escribir mil desatinos el que carece de instrucción en la ortografía, y cuán necesario es que en este punto no os descuidéis con vuestros hijos.

Es una lástima la poca aplicación que se nota sobre este ramo en nuestro reino. No se ven sino mil groseros barbarismos todos los días escritos públicamente en las velerías, chocolaterías, estanquillos, papeles de las esquinas, y aun en el cartel del coliseo. Es corriente ver una mayúscula entremetida en la mitad de un nombre ó verbo, unas letras por otras, etc. Como, v. gr., *ChocolaTería famosa. Rial estanquiyo de puros y cigaros. El Barbero de Cebilla. La Horgullosa. El Sebero Dic-*